

Presentación de la serie de dibujos interpretativos de “Como el amor y la peste”, de Ricardo Pallares

Raquel Barboza

Buenas tardes. Agradezco a la Fundación Vivian Trías la invitación a participar en la presentación del libro *Como el amor y la peste*, de Ricardo Pallares, con la muestra de una serie de siete dibujos que lo interpretan.

Ellos fueron realizados en su totalidad a pluma, tinta china y aguada sobre papel, con posterioridad a la publicación del citado libro.

Si bien son una representación de la atmósfera general de la obra, algunos dibujos están referidos a un texto en particular o a varios. Ellos reflejan el absurdo, la opresión, la incertidumbre, así como la indefensión ante un cataclismo desconcertante.

En tanto que lectora advertí que hay algunos aspectos coincidentes con “La peste” (1947) de Albert Camus. Por ejemplo, algunas metáforas de la persecución del riesgo, de la nada que anda por los textos como si tuviera presencia o el cuestionamiento de conceptos tradicionales, consagrados por la sociedad, que no se discuten o se discuten poco en tiempos de normalidad, tales como la idea de libertad.

Entonces, ciertos temas como la soledad, la carencia, la imposibilidad de conocer o de saber, la pérdida de las certezas, estarían asomando en algunos dibujos; la palabra interpretada por la línea.

Paso, a continuación, a comentar algunos aspectos de mi trabajo, cuya interpretación no necesariamente tiene que coincidir con lo que vea el observador. Por el contrario, es interesante que surjan impresiones diversas.

El primer dibujo que ilustra la tapa del libro, presenta una mancha negra que domina un fondo con trazos libres que pueden ser o figurar un paisaje lejano, una pequeña aldea donde, según el decir del autor, suelen comenzar los grandes amores, las grandes pestes y las grandes novelas (texto 31 – “Como una fatalidad”, página 25).

Así, el dibujo recrea una atmósfera como la que tiene el libro. La mancha que avanza sobre una zona debilitada genera una tensión entre dos realidades. Y no sabemos cuál prevalecerá.

En el dibujo, esa tensión se da entre lo grueso y lo fino, entre la mancha neta y el trazo sutil, entre la fuerza de la negrura y lo débil de la claridad del fondo. Predomina la fuerza de la oscuridad.

Corresponde al observador evaluar si hay espacio para la esperanza en la fuerza del amor.

El segundo dibujo que tiene como título “Cabezas yacentes”, presenta una escena de la pandemia. De un planteo de líneas que parecen una abstracción surgen o, más bien, aparecen –porque no fueron planificadas-, por lo menos dos cabezas yacentes. Una orientada hacia el cielo y otra hacia abajo, hacia la tierra.

Son figuras vencidas por un cataclismo, apoyadas en una zona que tiene un tratamiento de pluma diferente -una textura con rayitas, puntos y pequeños garabatos- y que podría ser la misma tierra que las recibe y contiene.

Parece que hay un dramatismo silencioso, de agonía o de muerte; tenso como en el texto 1A titulado “Estamos vivos y muertos” (página 5).

“Le salen hasta por los ojos” es el nombre del tercer dibujo y alude a los virus. Se trata de una cabeza de perfil con una cabellera ensortijada. Es el retrato de un personaje imaginario que, tomado por la pandemia, colonizado por los virus, los transmite hasta por la mirada.

Un detalle curioso es que las manchas oscuras en realidad son impresiones digitales mías y que el personaje es un microcéfalo.

El cuarto dibujo se llama “Reunión de cuzcos matanza de comadreas” tiene el mismo nombre que el texto de la página 27.

La imagen de las comadreas es confusa (describir) y no pude menos que recordar, una vez más, la metáfora de las ratas en “La peste” de Albert Camus.

En el dibujo se ve una lucha feroz en la que se destacan varios animales. Uno abajo a la derecha tiene un lugar dominante y fuerte dentellada; abajo a la derecha y arriba a la izquierda hay otros dos con el pelambre erizado. Hay uno más, abajo a la izquierda, con el lomo arqueado. Se puede descubrir otras presencias.

Esas ratas contaminadas que son, a su vez, vectores de una enfermedad casi incontrolable son simbólicas de las múltiples crisis de nuestro tiempo que acorralan a las personas en sus mundos pequeños.

Las ratas de “La peste” así como las comadreas de “Como el amor y la peste” representan el mal y lo dañino.

Cuando esas comadreas abandonan los lugares de soporte seguro, los cuzcos, fortalecidos por el número, las matan, pero no las exterminan. De alguna manera, como las ratas y como el mal, se multiplican.

La escena de lucha en el dibujo está parcialmente contenida en un recuadro formado por tres líneas rectas que forman un rectángulo incompleto. Pero la escena se derrama hacia el exterior, hacia abajo donde el límite está ausente. Es el escape que permite la multiplicación del mal.

Finalmente cabe citar el último párrafo del “La peste” de A. Camus referido a la superación de la plaga:

“Oyendo los gritos de alegría que subían de la ciudad, Rieux tenía presente que esta alegría está siempre amenazada. Pues él sabía que esta muchedumbre dichosa ignoraba lo que se puede leer en los libros, que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en las maletas, los pañuelos y los papeles, y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa”.

El quinto dibujo titulado “Mutaciones” es un friso formado por una serie de cabezas y se refiere a las tantas filas que se mencionan en el libro. Son un conjunto de perfiles eslabonados (encadenados) para dar la idea de espera y de mutación porque la primera figura de la sucesión parece ir cambiando hacia el fondo (en el dibujo, hacia la derecha), hacia planos más lejanos; se transforma.

Si bien están unidos en la misma espera, no hay conexión entre ellos, no hay diálogo como si la superación del desastre pudiera operarse en forma individual.

Estas figuras se relacionan con el texto número 4 titulado "Todo por un test" (página 7) donde se habla de filas porque los trámites de frontera están cambiando permanentemente.

"Puerta hacia el abismo" es el nombre del sexto dibujo. Allí encontramos un muro y una escalera ascendente que conduce a una puerta falsa como metáfora de lo desconocido o de lo imposible. Es lo misterioso, lo peligroso, pero también puede sugerir un eventual escape hacia un universo más amable, es la seducción del vértigo.

Esa puerta sería simbólica del momento actual y de sus riesgos. Puede representar el vacío, el abismo que lo da el negro absoluto de ese rectángulo que el ojo lee como puerta. El negro genera además un vano, la nada, un agujero.

El séptimo dibujo se titula "La incertidumbre". Es la misma que recorre todo el libro de Ricardo Pallares.

Se trata de una especie de boceto, por lo inconcluso; es muy apaisado; sobre un rayado de fondo, unos trazos curvos muy negros parecen desplazarse como una serpiente. Puede tratarse también de hilos o gusanos que van como reptando hacia un lado o hacia el lado contrario, lo cual agrega más incertidumbre. Como dice Ricardo Pallares: "En verdad las pandemias provocan crisis en las que se advierte que la racionalidad es una construcción que va para un lado y puede ir para otro" (página 6).

Han desaparecido los puntos de referencia porque ya no hay certezas, lo cual invita a la transgresión, al rechazo de valores o estructuras que colapsaron o que están colapsando.

De todas maneras, está presente la búsqueda de una salida.

La abstracción aleja al dibujo de toda racionalidad. Pero el libro parece decir que deberíamos recuperarla, de la misma forma en la que el dibujo la necesita, pues no se apoya en ninguna parte, no hay ninguna línea que lo sostenga.

"Sigamos razonando para recuperar la razón de la vida" (página 6).

Identidad de la esperanza: *Como el amor y la peste*¹

de Ricardo Pallares

12 de mayo de 2021

Diego Rodríguez Cubelli

Por un momento seremos como los enamorados en *El triunfo de la muerte* de Brueghel el Viejo. La propuesta de Pallares en su nuevo libro es poética pero también es política. Escritura de fragmento con llaves que abren y cierran en un entorno de bitácora, a veces encastran y otras dejan ver la luz. Una luz de salida recatada y discreta. *Solo lo amoroso desempolva por igual*, dice.

No hay golpe bajo ni poética de imaginario. Hay humor frutal y doméstico así como naturalidad ante la catástrofe.

El lector se transforma en el cruzado que juega la partida de ajedrez en *El séptimo sello*. Pallares nos enfrenta al sistema en crisis: *Si no alcanza para todos, el asunto es que no todos somos iguales*.

El poeta desempolva rincones en dosis breves. Situaciones del cuerpo, memorias de otras pestes: *El domador tiene látigo y está vestido como un banquero*. Hay un lenguaje construido en insomnios calculados entre hisopados y variantes de realidad inoculada.

Pero hay *Otro resplandor* que es su antecedente directo e integra una serie de hermandad temática y conceptual. ¿Acaso el amor y la peste traigan otro resplandor? *La muerte labradora quiere besos*, otra vez los enamorados de la pintura.

Textos que se escriben o dibujan mientras *La situación nos hace vivir como un cerebro sin cuerpo*. Lo que el poeta nos entrega es una poesía para *Subirla por amor, a lo más alto*, al decir del poeta y arquitecto catalán Joan Margarit. Son dosis de identidad en ciertos espantos y esa breve luz al otro lado de la esperanza.

Como el amor y la peste, no aspira al Olimpo ni al canon. Se percata de lo inevitable porque *La sombra creció adentro de las palabras*.

Montevideo – Parque del Plata

Abril – mayo 2021

¹ Pallares, Ricardo. *Como el amor y la peste*. Ed. en línea de la Academia Nacional de Letras de Uruguay y de Publicaciones La Casa del Río: www.academiadeletras.gub.uy y www.ricardopallares.com

Lo inevitable

Una lectura de *Como el amor y la peste*, de Ricardo Pallares
Academia Nacional de Letras (en línea) y
Publicaciones La Casa del Río, 2021

Mariella Nigro

Mayo, 2021

En un texto que escribí sobre el libro *Antárticos* de Ricardo Pallares (Yaugurú, 2014), me referí a cierta forma de espiritualidad, en una poética de contemplación y creación de un mundo tan visual como hermético, a partir de lo que para el filósofo francés Gaston Bachelard sería la “hipótesis onírica” que sostiene la escritura: allí, la blancura del enclave poético, el ensueño del hielo vivo.

Alejado de ese inocuo y aséptico mundo de *Antárticos*, en un libro digital de 2020, *Otro resplandor*, aquel relato se “desestructura en casquetes / un deshielo que crece hasta flotar en el absurdo”. Plantea entonces las incertidumbres de un mundo nuevo, en el que acechan cambios y devenires, el vacío y la soledad, el polvo y el nuevo aire que nos define. Son las primeras reflexiones sobre el confinamiento impuesto por la pandemia, el “encierro / gutural negro carnosos aplastante”, “la alta crisis sanitaria”, “la luz química de la rara biología”, que anticipan la materia de su siguiente libro: *Como el amor y la peste*.

En 2021, ya no le es posible al poeta la contención del verso, la melancolía de la lírica. Hay aquí un discurso analítico, reflexivo, crítico, que se impone, porque la “peste” condiciona el discurso y reclama, fatalmente, el insumo del relato para el análisis de la peripecia, el cuestionamiento moral y la imprecación contra el “reino protoctista en mutación”. Este discurso narrativo, sin intención ficcionalizadora, en el que se apela al nuevo vocabulario mundial (“cepas”, “infodémico”, “teorías”, “porcentajes”, “tapabocas”, “sanitización”), se acerca por momentos a una crónica de la pandemia, y de alguna forma se editorializa sobre ella y su contexto, el del cuerpo hisopado y la “palabra confinada”.

En esta era del virus en la que “estamos emplazados” y en la que subsistimos con los “pobres amores teleasistidos” (como dice el poeta en *Otro resplandor*), surge la muy actual literatura de la pandemia, la que se renueva en cada momento de la historia en que una peste se instala y pone a prueba la condición y la naturaleza humanas, y en la que se

impone el relato del pánico, los afueros, “los riesgos de confusión entre verdades y creencias”, el distanciamiento social y la soledad.

Pallares nos plantea su pensamiento sobre ese nuevo estado de cosas y sus derivaciones en la geopolítica, en la virtualidad, en las ausencias, con una mirada crítica pero no derrotada, porque si “la “peste es inevitable”, rescata que también lo son el “ser” y el “amor”.

Algunas páginas se cierran con una breve sentencia o un epigrama que permite despresurizar los desencantados textos, aliviando la carga “nietzscheana” de la prosa precedente. Así, “La sombra creció adentro de las palabras.” “La cultura y la letra quedaron confinadas.” “Iban como esta página: con riesgo de ser pura letra contaminada.” “La crisis instaló la discordia en la memoria.” “Sigamos razonando para recuperar la razón de la vida.”

Como en libros anteriores, sus apuntes dialogan con los trazos finísimos de la artista plástica Raquel Barboza, y esa conjugación de lenguajes aporta una luz a la construcción de sentido, aun desde la misma negrura de ese “algo indefinible” e “inevitable como el amor y la peste”.

De todas formas, se evidencia la esperanza del poeta, que ya había confiado en *Otro resplandor* en el “abuelado poder de la vida”, que ahora declara desde el primer texto, que es “posible una combinación de trascendencia y esperanzas”; entonces también será “inevitable” la fe en el “bien pensar y bien andar” de quienes nos sucedan.

Ricardo Pallares: *Como el amor y la peste*. 2021. Dibujo de tapa, Raquel Barboza. Publicación en línea. Academia Nacional de Letras. Publicaciones La Casa del Río. <http://www.academiadeletras.gub.uy/>

Ricardo Pallares: *Otro resplandor*. 2020. Dibujo de tapa, Raquel Barboza. Publicación en línea. Academia Nacional de Letras. Publicaciones La Casa del Río. <http://www.academiadeletras.gub.uy/>

RICARDO PALLARES O LA RAZÓN DE VIVIR

Wilfredo Penco

El año pasado, en una sesión de Lecturas académicas, nuestro colega en la Academia Nacional de Letras Gabriel Peluffo compartió una serie de reflexiones, ante los demás miembros de Número de la Corporación, a propósito de la tan conocida obra de Juan Manuel Blanes que lleva por título "Un episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires" (1871).

El arquitecto Peluffo, con la lucidez que lo caracteriza, se detuvo particularmente en la relación de esa imagen célebre en el Río de la Plata con otras versiones iconográficas desde los tiempos de la baja Edad Media vinculadas al mismo tema, en el marco de los espacios públicos y privados del mundo occidental, y señaló diferencias y peculiaridades en cada caso, pero también rastros y paralelismos en las diversas representaciones que sobre la peste y la muerte han quedado registradas por las artes visuales a lo largo de la historia, desde los legendarios caballos al galope conducidos por siniestros y devastadores jinetes, murciélagos monstruosos que dejan a su paso muerte y desolación, o esqueletos fantasmales guadaña en mano anunciadores de calamidades sin posible retorno.

El propio Blanes había pintado otra obra, de carácter alegórico, después perdida, a propósito del mismo tipo de epidemia que padecieron los montevideanos una década y media antes, a partir de una concepción diferente a la que puso de manifiesto en relación con el fúnebre episodio porteño.

Alguna semejanza con esa temprana obra de Blanes presenta "Llegada a Montevideo de la epidemia en 1857", óleo sobre tela pintado por el italiano Luis Voena dos años después del azote de la fiebre amarilla en nuestra capital, restaurado más de siglo y medio después por Ernesto Beretta y expuesto en el Museo Histórico Nacional en la muestra que se inauguró el año pasado el Día del Patrimonio bajo el título "Entre la vida y la muerte. Salud y enfermedad en el Uruguay de entresiglos".

En la incisiva reseña que sobre la obra publicó Carolina Porley en el semanario *Brecha*, se pone énfasis tanto sobre su filiación en la iconografía tradicional de perfiles macabros como en la sensibilidad que enseñara José Pedro Barrán para la comarca bajo la denominación de "cultura bárbara".

La elaboración de esas imágenes en las que predomina el horror impuesto por las propias realidades de ese modo expresadas, establece asimismo una perspectiva que impulsa la construcción de mitos, asumidos finalmente por sus íntimas conexiones ideológicas con el desarrollo histórico del pensamiento, en la búsqueda de respuestas y advertencias para situaciones límites o extremas de la condición humana.

Si las artes visuales abastecieron la imaginación social con el registro de plagas y devastaciones, la personificación de escenas mortíferas y un discurso profuso en el que no estuvieron ausentes los fines disciplinarios, el aporte de la literatura no fue de menor significación, remontado a los tiempos de la Peste de Atenas que narró Tucídides en el libro II de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* y a los más remotos de los que da cuenta el *Éxodo* en el Antiguo Testamento con la descripción tan sintética como minuciosa de las diez plagas de Egipto.

Sin olvidar otras obras cuyos autores (Daniel Defoe, Samuel Pepys, Alejandro Manzoni entre los más notorios) se ocuparon en clave de memoria o ficción de algunos estragos masivos de similar naturaleza, quiero recordar que en nuestro país, en la segunda mitad del siglo XIX, Heraclio C. Fajardo, un esforzado periodista que incursionó en varios géneros literarios, publicó bajo el título *Montevideo bajo el azote epidémico* (1857) una informativa crónica sobre los padecimientos de los montevideanos durante ese año de incertidumbre y muerte como consecuencia de los contagios que esparcieron la enfermedad entre los habitantes de la ciudad. Y en particular dedicó un capítulo a la trágica historia de los hermanos Cabot, abandonados por su padre en el Hospital de Caridad, que tanta conmoción provocó en los diferentes estamentos ciudadanos, particularmente en los más encumbrados a los que pertenecía la familia afectada.

Ya en el siglo XX, como es bien sabido, la producción literaria no dejó de abordar estos temas de alto impacto y tanto la narrativa europea como la latinoamericana, entre otras, con técnicas y enfoques sustancialmente renovados, han dado prueba de la vigencia de dichos temas, aun en épocas de avances científicos y aparentes certezas sanitarias, pero también de nuevas y virulentas agresiones a la salud de las personas. Como paradigmas basta citar dos novelas que mucho dicen al respecto desde los mismos títulos: *La Peste* de Albert Camus y *El amor en los tiempos del cólera* de Gabriel García Márquez.

Explorador de límites y riesgos

Las dos décadas transcurridas en el siglo XXI concentraron otras preocupaciones y distracciones acumuladas sin cesar hasta la explosión sorpresiva y detonante de una pandemia que hasta hoy nos persigue sin contemplaciones y sobre la que no aparece la definitiva convicción del punto final.

En ese marco se inscribe el más reciente trabajo de Ricardo Pallares: *Como el amor y la peste*, publicado en línea por la Academia Nacional de Letras junto al sello editorial La Casa del Río que dirige Leonardo Garet.

Aunque es conocido seguramente por todos nosotros, vale la pena recordar que, como informa su reseña académica, Ricardo Pallares "ingresó por concurso a la enseñanza secundaria de la literatura donde desarrolló durante cuarenta y cinco años una sostenida tarea como docente, gestor institucional y formador de profesores. De la misma forma accedió a la dirección y supervisión de establecimientos docentes, así como a la inspección nacional de su asignatura. Desde 1980 produce estudios críticos, ejerce periodismo cultural, participa en cursos, conferencias, congresos, simposios, mesas redondas y otros eventos". Corresponde agregar que, en su condición de especialista en la obra de Felisberto Hernández, ha contribuido con algunos enfoques relevantes para un mejor conocimiento de tan fundamental narrador. También sus estudios sobre poesía uruguaya -en particular referidos a

Marosa di Giorgio, Washington Benavides, Jorge Arbeleche, Selva Casal, Leonardo Garet, entre otros- dan cuenta de pormenorizadas exégesis respecto a una manifestación literaria con la que desde muy temprano estableció firmes lazos de afinidad.

Académico de Número elegido el 20 de agosto de 1999 para ocupar el sillón que lleva el nombre de María Eugenia Vaz Ferreira, tomó posesión al mes siguiente y al ser recibido en acto público el 20 de junio de 2000 leyó el discurso que tituló *Literatura y futuro*. En la Academia, desde entonces, ha sido figura de primera línea por sus aportes, reflexiones y gestión, esta última reflejada sobre todo durante el ejercicio de la secretaría académica, la dirección del Departamento de Lengua y Literatura y su participación en la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española en Madrid. Actual segundo vicepresidente de la Corporación, su actividad continúa con valiosas iniciativas y labores.

Estas dos primeras décadas del siglo XXI, ya retirado del ejercicio docente formal, han sido fecundas en la trayectoria intelectual de Pallares y han puesto en evidencia a un poeta hasta entonces casi secreto que fue dándose a conocer con títulos aparecidos con regularidad como *El lugar del vuelo* (2002), *Razón de olvido* (2004), *Ceniza del mar* (2007), *Amante geología* (2010), *Las cajas del instrumento* (2013), *Antárticos* (2014), *Memorias e invenciones* (2017) y *Cielos entornados* (2018), en los que ha reunido poemas y narraciones poéticas, recuerdos y vivencias, prácticas o experimentos acotados con el lenguaje. En los últimos tres libros citados entabló, además, un diálogo de ida y vuelta entre textos e imágenes con los sutiles dibujos de Raquel Barboza generados para interpretar lo escrito o, como variante del desafío, provocadores de la propia escritura en los términos a que da lugar la poesía.

Explorador que asume riesgos en los diversos niveles sobre los que avanza o retrocede; consciente del alcance de toda perspectiva orientada a lo insondable y asimismo de la importancia que la estructura ofrece en cada caso como apuesta a compartir lo desconocido; pertinaz en el intento de cohesionar hibrideces detectadas con facilidad por el entrenamiento: este diestro constructor de textos en clave poética

se propone acumular las contingencias del mundo para depurarlas o concentrarlas en posibles síntesis.

La logística y el operativo consecuente se han ido completando en los diversos libros donde prevalecen vuelos, alquimias, olvidos, razones, memorias, cenizas, viajes, velas, mares y navíos, imperturbables piedras que no obstante se mueven con vida (y recuerdan la misma confianza depositada en ellas por Roger Callois), silencios que se escuchan, cajas, paradojas, instrumentos, cielos desflorados o cielos negros, árboles de la vida, amores a destiempo. Pero esto solo es parte de un escenario más amplio y más entrecruzado por variantes y contrastes que se multiplican.

Pese a tales variaciones, con sus vacíos, espacios congelados y soledades, si hubiera que encontrar un común denominador que atraviesa y sostiene esta poética, habría que coincidir con Tatiana Oroño cuando señala que en definitiva se trata de una "poesía de la conciencia de los límites".

Los límites de todos modos se corrieron para todos desde hace más de un año, cuando el mundo dejó de ser el mismo en la vida cotidiana, en los hábitos adquiridos, con los nuevos miedos y sacrificios que llegaron casi sin aviso.

Pandora y su caja en el siglo XXI

En un nuevo libro titulado *Otro resplandor* que la Academia publicó en 2020, también en línea, Ricardo Pallares se adelantó y anticipó lo que en el que hoy presentamos habría de desarrollar con más elementos de cercanía. Leonardo Garet, en el prólogo de *Otro resplandor* lo dice con todas las letras: sus catorce poemas traen "reflejos, instantes, perplejidades y suposiciones sugeridos por la pandemia que está azotando el siglo XXI."

Y el poeta lo proclama en versos transparentes y casi proféticos, incorporando un léxico que en algunos casos pronto formaría parte oficial del Diccionario de la Lengua y en otros ya existente se destacaría por su uso como nunca antes:

**"entonces percibía los rumores
que subían florales a la tierra
y los cismas de seres intangibles
sabía de males irremediables
que retraen y confinan amores**

**en horizonte autoinmune y en pandemia
habló de los males irremediables
y llovió adentro de todas las noches"**

.....

**"un confinamiento tanto se abisma
entre las dos pulsiones que ofrece
que es un sencillo amor fuera del cuerpo"**

Con ese antecedente a cuestas y el avance arrollador y desconcertante del virus bautizado con una corona o como un acrónimo de origen inglés al que acompaña a veces el número 19, Pallares organiza *Como el amor y la peste* en treinta y siete breves textos en prosa.

El primero, desde su encabezamiento ("Estamos vivos y muertos"), postula una ambivalencia convertida en certeza que marca la orientación general de la serie y ofrece un sentido coherente a la reunión de los dos pilares articuladores en el título del libro, el amor y la peste, por la común índole inevitable de ambos.

Del mismo modo, el autor deja en claro cuál es el escenario de referencias para sus reflexiones, apostillas, corolarios, máximas y verificaciones sentenciosas: es "un mundo así", "un mundo como este", y también "el mundo a la vuelta de la esquina".

Inclinado a incorporar al lenguaje literario lo que el lenguaje oral con su más rápida evolución aprobó antes por la mera frecuencia de su uso, al igual que en anteriores publicaciones, en las que figuran versos o frases con *scanners*, *reseteados*, *mouses*, *teleasistidos*, *telencuentros sin zaping*, *word '95*, *bytes*, *play station*, Pallares no solo apela ahora a nuevas, renovadas, revalorizadas o resemantizadas palabras: también las necesita de modo imprescindible para cargar de enfático sentido a su discurso.

Pandemia, virus mutantes, cepas, hisopados, asintomáticos, Covid-19, test, vacuna, dosis, burbuja, confinamiento, cuarentena, tapaboca, protocolo, pico, meseta, hilo, sanitización, intubado, aglomeraciones, apps, aforos, distanciamiento social, Sars-Cov2, bicho covidoso: el despliegue es amplio y no da lugar a dudas, es el mundo en el que vivimos, sin aparente remedio, el mundo de la *infodemia*, ese otro neologismo que Pallares introduce para poner el acento sobre uno de los focos de su preocupación: la crisis, el desborde informativo, en los que el lenguaje ocupa un lugar central, ya sea porque en tales circunstancias "la cultura y la letra quedaron confinadas", "la sombra creció adentro de las palabras", se corre el "riesgo de ser pura letra contaminada" o "ya nada se entiende si son más de dos o tres palabras".

Entre todas hay una que las resume: Peste (del latín *pestis*) que es, según la primera acepción del Diccionario de la Lengua Española, "enfermedad contagiosa y grave que causa gran mortandad en los hombres o en los animales". Pero es también, en la cuarta acepción, "cosa mala o de mala calidad en su línea". La acepción siguiente, la quinta, refiere a "cosa que puede ocasionar daño grave". En sentido coloquial, finalmente, se entiende como "excesiva abundancia de cosas en cualquier línea" (acepción séptima). En todos los casos calzan como anillo al dedo, aproximan o explican con precisión lo que nos rodea, lo que nos asedia. Y sirven al autor para nombrar y aludir desde una remota y muy amplia tradición que abarca, ordena y determina.

Ya no son los esperpentos, las sinuosas calaveras, los animales monstruosos que atemorizan o amenazan a diestra y siniestra y personifican las calamidades.

Tampoco, ni siquiera, la sublimada escena que Blanes proyectó para el registro de la fiebre amarilla en el Buenos Aires de 1871. Muy diferenciada, asimismo, pasó casi al olvido la crónica decimonónica que sobre el azote en Montevideo escribió Heraclio C. Fajardo.

Otros son los laberintos y los desconciertos de este siglo XXI, con "cajas de Pandora, (...) cajas chinas y muñecas rusas, unas adentro de otras" y que "por ser tan cambiantes, favorecen y a veces niegan las interpretaciones", tal como lo afirma nuestro autor, a quien le interesa particularmente advertir, enviar como señales a sus lectores, como aviso a los navegantes, la existencia de embrollos, emboscadas, postergaciones, tráficos, encumbramientos, existencia promovida, estimulada por la "confusión entre verdades y creencias".

En ese marco, y como contrapartida, subraya que "Es el cuerpo el lugar donde se vive, donde se ama y se enferma" y que "Solo lo amoroso desempolva por igual". Se trata, en definitiva, de reivindicar "la razón de vivir", "la fuerza irrefrenable de la vida".

A lo largo de este libro subyace algo que dijo en su discurso de ingreso a la Academia, hace poco más de dos décadas: que la soledad de los seres humanos "se haría insoportable o conduciría a la desesperación si no tuviera una forma paradójica de compañía que es la de los referentes y los paradigmas que nos damos, la de la utopía y la esperanza, la de las certidumbres o la del vislumbre de lo trascendente que, a veces, son presencias de energía en ausencia de hechos y de seres". (*Literatura y Futuro*).

Con la misma convicción, Pallares ha escrito los 37 textos de *Como el amor y la peste* en los que ha vuelto por sus fueros: implacable, filoso, pleno de ironía, con preciso ingenio, tan apasionado como abanderado de la razón, para recordarnos, como marca a fuego, un tiempo que padecemos, seguimos padeciendo, y nos pone a prueba en nuestra congénita vulnerabilidad, entrecruzadas sin pausa interrogantes y certezas, a propósito del amor, la vida y la muerte a flor de piel.

Diálogo con los participantes.

Naguy Marsilla: - abrimos un espacio para preguntas.

Luis Vignolo: - En este libro habla ud. de la esperanza y la trascendencia. ¿Qué significan en este contexto?

R.P. –La esperanza como fuerza del espíritu es una fuerza o energía que humaniza. Para que realmente la esperanza sea tal, yo debo tener una acción que funde humanidad, es decir, debo hacer exactamente lo opuesto a lo que exhibe como espectáculo inconcebible el mundo actual, el de nuestros días. Para mí esa es la esperanza. La expectativa de cambio positivo.

La trascendencia es la capacidad muy trabajosamente lograda y muy de a poco, de salirse del yo para llegar no al otro que es otro, sino al tú que es una prolongación del yo. De lo contrario seguimos en guerra.

1. La trascendencia empieza así y puede tener ribetes metafísicos, religiosos, iniciáticos, misteriosos, de resolución en claves personales. Pero es también la capacidad de superar lo inconcebible e inaceptable, de mejorar. Es la posibilidad de pensar que más allá de lo inconcebible que se da hay un sentido y una razón de vida que permanece fecunda y refundadora.

Dicho de otra manera: es la vigencia de la utopía.

Mariella Nigro. – Buenas noches. Me gustaría decir algo, aunque, como dijo el Prof. Pallares, quedó todo dicho en las intervenciones de los presentadores. Precisamente el Dr. Penco hacía relación con el otro libro anterior, *Otro resplandor*, y mi pregunta sería: ¿Qué proceso interior tuvo el poeta en ese cambio del lenguaje y del verso a la prosa?

Porque ahora es un discurso narrativo, relato, por momentos crónica y, como dije, por momentos editorializa sobre la situación en el contexto de la pandemia. Hay una actitud diferente que no deja de ser lírica en más de un epigrama o verso y es reflexiva.

Sin poder escapar de lo lírico encuentro sin más, un discurso reflexivo y narrativo.

¿Cuál fue el proceso interior desde *Otro resplandor*, que ya habla del confinamiento, hasta la circunstancia de este otro libro?

R.P: -Como sabes la respuesta a estos planteos es compleja y difícil. Los procesos interiores se cargan con referentes, se cargan de ideaciones, paradigmas, memoria cultural que a veces viene en un viaje milenario desde el fondo de los tiempos.

Los de *Otro resplandor* fueron los meses iniciales de pandemia, los de 2020. Por entonces viví una angustia muy intensa, como todos nosotros, y muchas veces recordé a Francisco Espínola, uno de mis maestros, llorando ante un drama humano colectivo ocurrido por la década del 70 del siglo pasado. Lloraba al punto que se le mojaba el cigarro y le costaba reflexionar y argumentar ante el silencio de los contertulios.

Cuando *Otro resplandor*, yo no podía llorar, lo necesitaba, pero no podía. Entonces el consejo del sabio amigo Manuel Laguarda reforzó mi opción por la escritura imponiéndose el verso quizá por su condensación. Se me impuso de una manera diferente a la concebida por Cesare Pavese que en uno de sus trabajos dice, según mi impreciso recuerdo, que la poesía es la defensa contra las ofensas que nos impone la vida.

No estoy de acuerdo con esa idea porque la literatura no es defensa de nada sino permanente fundación de la vida. Sus mundos imaginarios fortalecen y fecundan al mundo real.

Así surgió el primero de estos dos libros relativos a la peste. El título del primero hace un anticipo o el anuncio de una salida. En cambio, el otro libro, el que siguió, *Como el amor y la peste*, surgió de la fuerza avasallante de lo inevitable.

Hace años di respuesta a una médica que me reiteraba que no podía tener gripe ni infecciones, a la que contesté justamente que era imposible porque si me enfermaba era porque son inevitables como el amor y la peste.

En el fondo de este último libro lo inevitable no es la muerte sino las precariedades de la vida humana que paradójicamente a veces son también sus fortalezas. Son fortalezas cuando ellas son empujes generativos de humanidad, realidades que alimentan la conciencia como una forma de luz interior o superior. Con la afirmación de dicha conciencia confirmo como sujeto y legítimo la precariedad de mi existencia y legítimo el igual derecho o estado del otro cuando es el tú en su versión más carnal y más próxima.

Por ello en este libro opté por la prosa con elementos narrativos que me permitían una escenificación más variada que evitó gran parte de la carga subjetiva del verso.

Con todo, los elementos poéticos surgieron del propio proceso creador y de sus motivaciones.

Las correcciones de algunos de sus elementos o de algunas zonas se produjeron en la noche, durante el sueño, tan tenso e incierto como la vigilia. Debía levantarme y abrigarme e ir hasta la mesa de trabajo para anotar aquellas elaboraciones con las que un verso o un enunciado lograban la fluidez del sentido.

Como uds supondrán fue un proceso comprometedor, casi de obsesión transitoria para intentar que la expresión diera cuenta del terrible tiempo que vivimos.